

PEPE BALLÓN EN CARACAS

Andrés Canedo*

Habíamos llegado a Caracas, con el grupo de teatro Trotea de Argentina, luego de recorrer Ecuador y Colombia. Habíamos asistido al Festival Internacional de Teatro de Quito, como invitados, donde llegamos quemando las naves, pues el dinero recaudado a duras penas, sólo alcanzó para los pasajes de ida en avión desde Buenos Aires hasta Lima y, luego, desde allí, seguimos en ómnibus cuidando los centavos, incluso empeñando una de las guitarras, hasta poder llegar a Quito. Éramos seis argentinos y dos bolivianos (mi esposa Rose Marie y yo) y llevábamos una obra que se llamaba *El Carretón de Juan de la Cruz*, de Hugo Herrera, que hablaba, básicamente y con algunos saltos de tiempo y alusiones al presente, de las rebeliones indígenas en nuestra América, que habían desembocado en los posteriores movimientos independentistas. Pero en Quito, nos quedamos sin director y sin dinero y, entre la alternativa de regresar como pudiéramos y la de seguir adelante, también como pudiéramos, decidimos seguir adelante. Así fue como recorrimos toda Colombia y el sur de Venezuela, hasta llegar a Caracas, ganando algún dinero con nuestras presentaciones, generalmente en universidades.

En Caracas nos alojamos en el Teatro del Triángulo, gracias a la solidaridad de sus integrantes, y empezamos a trabajar para ganarnos la vida. Todo había sido duro hasta entonces, pero lo afrontábamos con la alegría y la infatigable energía de nuestra convicción y de nuestra juventud. En el camino íbamos recogiendo nombres y direcciones de personas que podrían ayudarnos en ese tránsito y así fue que para Caracas teníamos los datos del titiritero Javier Villafañe y, creo que también por ese medio, conseguimos los de Pepe Ballón.

En verdad, no recuerdo cómo fue, pero el hecho es que un día, Pepe se comunicó con nosotros y nos dijo que nos invitaba a almorzar en su departamento. El que nos invitaran a almorzar era un verdadero acontecimiento, pues nunca nos había ocurrido hasta entonces y ese hecho nos hablaba de que nos encontraríamos con un individuo generoso, cálido, practicante de la ternura. Y allá fuimos, al pequeño departamento donde Pepe y su familia nos

recibieron con cariño y nos contaron que amaban el teatro, que sabían que éramos un grupo itinerante que venía recorriendo desde el sur, y que ellos, en su condición de bolivianos exiliados, se alegraban especialmente de que en el grupo teatral hubieran dos bolivianos.

La figura menuda, pero intensa, de Pepe como la vi desde la por primera vez, irradiaba su enorme amor hacia los demás, su solidaridad sin límites como producto de una praxis permanente en su vida: él amaba el teatro, él amaba a los grupos que en ese entonces, como nosotros, recorrían el continente llevando un mensaje, tal vez utópico, pero ciertamente basado en el amor. Eso era lo que nos unía, nos lo dijo, y el abrazo emocionado que nos dio a cada uno, nos hizo saber que nos habíamos encontrado con un ser humano enaltecido por sus propios valores, por su vocación de ternura. El almuerzo fue sencillo y mientras comíamos, yo observaba su rostro gentil, cubierto de un fino bigote, que denotaba su alegría y la emoción de tenernos en su casa, con su familia gentil, cariñosa.

Fue entonces cuando también conocí a su hija Leni, con la cual, a través de los años y a pesar de las escasas veces que nos vimos, mantenemos, hasta hoy, una hermosa amistad. Ese día, Pepe nos dijo que conocía alguna gente de teatro y que nos pondría en contacto con ellos para que pudiéramos conseguir más presentaciones de nuestra obra. Y así fue, a través de esas relaciones nos fuimos abriendo camino para poder actuar durante el mes que permanecemos en Caracas. Al salir de su departamento, aquel día, todos comentamos, emocionados, sobre aquel boliviano que nos había acogido en Caracas.

Después, hablando más hondamente, Rose Marie y yo nos preguntamos, de qué está hecho un hombre como Pepe, que por el simple hecho de sabernos teatristas que van de pueblo en pueblo dejando su mensaje de esperanza, nos brindaba tanta ternura, esos abrazos tan conmovedores, pero, sobre todo, nos entregaba lo que no dijeron las palabras ni los gestos, aquello que traslucía como un resplandor de

* Escritor. Cochabamba.



Pepe Ballón, Leni Ballón, Ana Santiago Luis Enrique Guibert y Leo Redin reunidos con un grupo de teatro.

todo su ser y que era, la seguridad plena de contar con un amigo, con un hermano, con un compañero ineludible. Nos dimos como respuesta, lo que nos pareció evidente: ese ser de luz estaba hecho del amor a sus semejantes, de esa pasión que arrastraba su vida a la entrega, al dar sin pedir nada a cambio. Pepe nos visitó, posteriormente, en nuestro alojamiento del Teatro del Triángulo para entregarnos no sólo nuevamente su ternura, su abrazo cálido, su sonrisa alentadora, sino algunas posibilidades adicionales de trabajo. Luego, nosotros seguimos el viaje.

Pepe se quedó en Caracas, pero siempre, ese algo inexpresable que me transmitió, me acompañó durante los años y me acompaña hasta hoy; eso que él me dio y que se manifiesta como un resplandor, como un halo de luz para hacerme saber que hay que seguir teniendo fe en los hombres, que hay que seguir luchando por lo que uno cree. Lo volví a ver algunos años después en La Paz, en la imprenta universitaria. Me reconoció en seguida.

Nos abrazamos con la emoción de dos hermanos que se reencuentran después de una larga ausencia. Allí estaba él, nuevamente, brillando desde lo más hondo de su calidad humana, desde su pasión por ser útil a los demás, desde su cualidad tan peculiar que lo hacía querido por todos.

Yo ya vivía en Santa Cruz cuando supe de su muerte. Sentí que alguien muy importante se había ido, que Bolivia ni el mundo serían iguales a partir de entonces, que, aunque no se le hicieran grandes homenajes; su presencia y su ejemplo se quedaban en todos los que a lo largo de distintos caminos lo habían conocido y habían sabido quererlo. Con Leni, su hija, mantenemos hasta hoy contacto, intercambiamos emociones, nos decimos más de lo que dicen las palabras. La imagen y la realidad de Pepe Ballón sobreviven en ella, también dotada de generosidad y luz. Y yo pienso, como dicen las palabras del poeta, que en la hija se puede volver, nuevo. .